

que ahora no tiene más que el jergón; y hasta el dormir la oiremos nosotros desde la otra alcoba. ¡Verá qué guapamente va á estar!... Como hubiera estado el lichón de mi sobrino si fuera merecedor de ello.

—¿Qué sobrino?—preguntó el fraile andando hacia la puerta del portal.

—El hijo de la Chumacera, de *allá abajo*.

—¡Ah, vamos... Muergo!... ¡Buen pez! Si va de la que va, te digo que hará buena á su madre. Carne, carne también, mordida del gusano corruptor... ¡Buen pez!... ¡bueno, bueno, bueno! Conque hasta luego: vaya, adiós, Miguel; ea, adiós, Sidora.

Los cuales le oyeron claramente murmurar estas palabras, en cuanto puso los pies en el portal:

—*¡Domine, exaudi orationem meam!*

Porque sin duda iba pidiendo al Altísimo que le librara de las injurias que las del quinto piso quisieran lanzarle desde el balcón.

Si hace la salida un minuto antes, el haber pasado, como pasó, desde aquel punto de la calle hasta la esquina de la cuesta del Hospital, sin oír una injuria, hubiera sido un verdadero milagro; pues aún estaban entonces, de codos sobre la barandilla, echando pestes por la boca, la Sargüeta y su hija Carpia.



V

CÓMO Y POR QUÉ FUÉ RECOGIDA

No se le olvidaban á Andrés, con las glorias, las memorias. Había prometido á Silda ver al padre Apolinar al volver de San Martín; y para cumplir su promesa, dejó el camino derecho que llevaba, un poco después del mediodía, por detrás del Muelle, y se dirigió á la calle de la Mar, atravesando una galería de los Mercados de la Plaza Nueva.

Sentada en el primer peldaño de la escalera del padre Apolinar, halló á Silda, muy entretenida en atarse al extremo de su trenza de pelo rubio, un galón de seda de color de rosa. Tan corta era la trenza todavía, que después de pasada por encima del hombro izquierdo, apenas le sobraba lo necesario para que los ojos alcanzaran á presidir las operaciones de las manos; así es que éstas y la trenza y el galón y la barbilla, contraída para no estorbar

la visual de los ojos entornados, formaban un revoltijo tan confuso, que Andrés no supo, de pronto, de qué se trataba allí.

—¿Qué haces?—preguntó á Silda en cuanto reparó en ella.

—Ponerme esta cinta en el pelo—respondió la niña mostrándosela extendida.

—¿Quién te la dió?

—La compramos con el cuarto que le echastes á Muergo. Él quería pitos, y Sula caramelos; pero yo quise esta cinta que había en una tienda de pasiegas, y la compré. Después me vine á esperarte aquí, para saber *eso*.

—¿Está en casa pae Polinar?

—No me he cansado en preguntarlo—respondió Silda con la mayor frescura.

—¡Vaya, contra!—dijo Andrés, puesto en jarras delante de la niña, dando una patadita en el suelo y meneando el cuerpo á uno y otro lado.—Pues ¿á quién le importa saberlo más que á ti?

—¿No quedemos en que subirías tú, y yo te esperaré en el portal? Pues ya te estoy esperando; conque sube cuanto antes.

Andrés comenzó á subir de dos en dos los escalones. Cuando ya iba cerca del primer descanso, le llamó Silda y le dijo:

—Si pae Polinar quiere que vuelva á casa de la Sargüeta, dile que primero me tiro á la mar.

—¡Recontra!—gritó desde arriba Andrés.—¿Por qué no se lo dijistes á él cuando estuvimos en su casa antes?

—Porque no me acordé—respondió Silda de mala gana, entretenida de nuevo en la tarea de poner el lazo de color de rosa en su trenza de pelo rubio.

No habría transcurrido medio cuarto de hora, cuando ya estaba Andrés de vuelta en el portal.

—Estuvo en casa de tío Mocejón—dijo á Silda, jadeando todavía,—y de por poco no le matan las mujeres.

—¿Lo ves!—exclamó Silda, mirándole con firmeza.—¡Si son muy malas!... ¡pero muy malas!

—Te van á llevar á una buena casa—continuó Andrés en tono muy ponderativo.

—¿Á cuál?—preguntó Silda.

—Á la de unos tíos de Muergo.

—¿Cómo se llaman?

—Tío Mechelín y tía Sidora.

—¿Los de la bodega?

—Creo que sí.

—Y ¿esos son tíos de Muergo?

—Por lo visto.

—Buenas personas son... pero ¡están tan cerca de *los otros*!

—Dice pae Polinar que no hay cuidado por eso.

—¿Y cuándo voy?

—Ahora mismo bajará él para llevarte. Yo me marchó á casa á esperar á mi padre que desembarcará luego, si no ha desembarcado ya... ¡Contra, qué bien entraba la *Montañesa!*... ¡Lo que te perdistes!... ¡Más de mil personas había mirándola desde San Martín!... Adiós, Silda: ya te veré.

—Adiós—respondió secamente la niña, mientras Andrés salía del portal y tomaba la calle á todo correr.

Bajó pronto fray Apolinar; pero antes de que Silda le viera, ya le había oído murmurar, entre golpe y golpe de sus anchos pies sobre los escalones:

—¡Cuerno del hinojo con la chiquilla!—decía al bajar el último tramo de la escalera.— ¡Muy tumbada á la bartola, como si no la importara un pito lo que á mí me está haciendo sudar sangre!... Corra usted medio pueblo en busca de ella para que se averigüe que no ha ido á San Martín, sino que la han visto en la Puntida con dos raqueros...; vuélvase usted á casa, y fáltele el apetito para comer la triste puchera de cada día, y díganle á lo mejor que lo que busca y no halla, y por no hallarlo se apura, lo tiene en el portal, rato-hace, sin penas ni cuidados... ¡Cuerno con el moco éstel!... ¿Por qué no has subido, chafandina?

—Porque esperaba á Andrés, que era quien había de subir.

—¡Había de subir!... Y ¿quién es la que está á la intemperie de Dios y necesitada de un mendrugo de pan y de una familia honrada que se le dé con un poco de amor? ¿No eres tú?... Y siéndolo, ¿á quién le importa más que á ti subir á mi casa y preguntarme: pae Polinar, qué hay de eso?... ¡Moco, más que moco!... Vamos, deja ese moño de cuerno y vente conmigo.

Mientras caminaban los dos hacia la calle Alta, pae Polinar iba poniendo en los casos á la chiquilla. Entre otras cosas, la dijo:

—Y ahora que has encontrado lo que no mereces, poca bribia y mucha humildad... Se acabó la Maruca, y se acabó el Muelle-Anaos... porque si das motivo para que te echen de esa casa, pae Polinar no ha de cansarse en buscarte otra. ¿Lo entiendes? Tu padre, bueno era; tu madre no era peor: conmigo se confesaban. Pues tan buenas ó mejores que ellos son las personas que te van á recoger... De modo que si sales mala, será porque tú quieres serlo, ó lo tengas en el cuajo... Pero conmigo no cuentas para enderezar lo que se tuerza por tus maldades... ¡cuerno! que harto crucificado me veo por ser tan á menudo redentor... Porque ¡mira que lo de esta mañana!... Y escucha á pro-

pósito de eso: iremos por Rúa-Menor á la cuesta del Hospital. En cuanto lleguemos al alto de ella, te asomas tú á la esquina con mucho cuidado, y miras, sin que te vean, á la casa de la Sargüeta. Si hay alguno asomado al balcón, te echas atrás y me lo dices; si no hay nadie, pasas de una carreruca á la otra acera; yo te sigo, y pegados los dos á las casas, y á buen andar, nos metemos en la de Mechelín, que nos estará esperando... ¿Entiendes bien?...; pues pica ahora.

No sospechaba Silda que se quisieran tomar tantas precauciones por lo que al mismo fray Apolinar interesaban, pues no tenía otra noticia que la muy lacónica que le había dado Andrés de lo que le había ocurrido en casa de Mocejón; pero como á ella le importaba mucho pasar sin ser vista, cuando llegó el momento oportuno cumplió el encargo del fraile con una escrupulosidad sólo comparable al terror que la infundían las mujeres del quinto piso; y no hallándose éstas en el balcón ni en todo lo que alcanzaba á verse de la calle, atravesáronla como dos exhalaciones el exclaustro y la niña, y se colaron en la bodega de tío Mechelín, cuya mujer *barciaba* la olla en aquel instante para comer, creyendo, pues era ya muy corrida la una de la tarde, que Silda no parecería tan pronto como había creído el padre Apolinar.

No podía llegar la huéspedada más á tiempo. Recorrió serenamente con la vista cuanto en la casa había al alcance de ella, y se sentó impávida en el escabel que le ofreció con cariño tía Sidora, delante del otro sobre el cual humeaba el potaje dentro de una fuente honda, muy arranciada de color, y algo cuarteada y deslucida de barniz, por obra de los años y del uso no interrumpido un solo día. Tío Mechelín, por su parte, y mientras le bailaban los ojos de alegría, ofreció á Silda un buen zoquete de pan y una cuchara de estaño, porque en aquella casa cada cual comía con su cuchara; la oferta fué aceptada como la cosa más natural y corriente, y se dió comienzo á la comida, sin que se notara en la muchachuela la menor señal de extrañeza ni de cortedad; aprovechaba rigurosamente el turno que le correspondía para meter en la fuente su cuchara, y oía, sin responder más que con una fría mirada, las palabras cariñosas de aliento que tía Sidora ó su marido la dirigían.

Fray Apolinar creyó muy oportuna la ocasión para repetir á Silda lo que le había dicho por el camino, y aun para añadir algunos consejos más, y comenzó á ponerlo por obra; pero tía Sidora le cortó el discurso, diciéndole:

—Todo eso y otro tanto hará ella, sin que se lo manden, por la cuenta que la tiene. ¿No ver-

dá, hija mía? Ahora come con sosiego; llena esa barrigüca, que bien vacía debes de tenerla; duerme en buena cama, y después ya habrá tiempo para todo: tiempo pa trabajar y tiempo pa divertirte como Dios manda.

—¡Uva!—exclamó tío Mechelín.—Al cuerpo no hay que pedirle más rema que la que puede dar de por sí... Y usted, pae Polinar, que tiene buen pico y mano en todas partes, bueno sería que diera cuenta, á quien debe tomarla, de los mases y los menos que ha habido en este particular.

—¡Vaya si estoy yo en eso, por la responsabilidad que me alcanza!—respondió el fraile.—¡Si me mamaré yo el dedo!

—¡Uva!... Hoy es sábado... Mañana habrá Cabildo motivao á socorros y otros particulares.

—Mejor entonces—dijo el padre Apolinar:—yo pensaba ver solamente al Sobano cuando volviera de la mar esta tarde; pero ya que tú me haces ese recuerdo, me acercaré mañana por acá y haré que el caso sea tratado en Cabildo.

—¡Uva!... Pero ná de sustipendio ni de socorro pa el caso; aquí no se quiere más que autoridá y mano contra todo mal enemigo de lo que se hace con buen corazón...

—Entendido, Miguel, entendido... ¡Recuer-

no!; ¡pues no me va á mí poca parte en ello! Cuando á ti te desuellen por lo que haces, buena me pondrían á mí la pelleja... ¿Tantas horas hace que lo has visto?... ¿eh?... ¿Lo olvidastes ya? Pues á mí todavía me tiemblan las carnes y me zumban los oídos. ¡Lenguas, lenguas de sierpe y almas de perdición!

—Vaya—dijo medio en broma tía Sidora,—que tiene usted menos correa de lo que yo creía, pae Polinar. ¿Quién se acuerda ya de eso, si no es para hacerlo la cruz y pensar en otra cosa?

—Cierto, Sidora, cierto—respondió apresuradamente el fraile,—que ni por lo que son ellas ni por lo que yo soy, debiera haber vuelto á tomarlas en boca. Pero somos barro frágil, carne mísera; y se cae, se cae cien veces cada hora. Mi ejemplo debiera ser de fortaleza, y lo es de... de chanfaina, Sidora, de chanfaina; porque no valemos un cuerno... *¡Domine, ne recordaris peccata mea!* Y con esto, si no mandáis otra cosa, me vuelvo á mis quehaceres... Silda, lo dicho, dicho: has caído de pie; te ha tocado la lotería. Si lo arrojas por la ventana, no merecerás perdón de Dios, ni cuentas conmigo, por mal que te vaya... Conque Miguel; conque Sidora, á la paz de Dios... Creo que se podrá salir... digo yo, sin avería gruesa, ¿eh?... ¿Os parece á vosotros?

Tía Sidora se levantó, sonriéndose malicio-

samente; salió, llegó á la misma puerta de la calle, miró y escuchó desde allí, y volvió á la salita diciendo al padre Apolinar:

—No se ve un alma ni se oye un mosquito.

—No tomes tan á pechos mi pregunta, mujer—dijo el fraile algo pesaroso de haberla hecho,—porque ya sabes que cuando llega el caso, fray Apolinar tiene piel de hierro para las injurias; pero, de todos modos, se te agradece la precaución, y Dios te lo pague.

Tornó á despedirse, y se marchó.

Momentos después preguntaba tía Sidora á Silda:

—Y de equipaje, ¿cómo estás, hijuca? ¿No tienes más que lo puesto?

—Y otra camisa limpia que se quedó *allá*—respondió Silda.

—Pues no hay que pensar en sacarla, aunque fuera de rasolís. Pero ya parecerá otra, ¿no verdá, Miguel?

—Y lo que de menester juere—respondió tío Mechelín,—que para cuando llegan los casos son los agorros.

De pronto dijo Silda:

—El que no tiene hilo de camisa es Muergo.

—Buena la tendría si la mereciera—respondió tía Sidora.

—Esta mañana—añadió Silda—tampoco tenía calzones, y pae Polinar le dió los suyos.

—¡Bien de sobra los tenía!—dijo la marinera con enojo visible hacia su sobrino.

Á lo que replicó en seguida la chica:

—Le dió los que llevaba puestos; y yo creo que no le quedaron otros.

Tía Sidora y su marido se miraron recordando haber visto al fraile en calzoncillos.

—Y bien, ¿y qué?—preguntó á la niña tía Sidora.

—Que más falta le hace á Muergo la camisa que á mí.

Volvieron á mirarse Mechelín y su mujer, y preguntó aquél á la niña:

—¿Y cuando te laven esa, que buena falta le hace ya?...

—Me estaré en la cama hasta que seque—respondió Silda, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿de qué conoces tú á ese lichón de Muergo?—preguntó la marinera.

—De *allá abajo*.

—Y ¿por qué me cuentas á mí que anda sin camisa y sin calzones?

—Porque me dijo Andrés que era sobrino de usted.

—¿Quién es Andrés?

—Un c...tintas, hijo del capitán de la *Montañesa*.

—¿Le conoces tú?

—Él me llevó á casa de pae Polinar cuando

yo estaba sola en el Muelle-Anaos esta mañana.

—¿Para qué te llevó?

—Para que hiciera por mí lo que ha hecho.

Es bueno ese c...tintas de Andrés.

—¿Conoce él á Muergo?

—Mucho le conoce.

—¿Y por qué no le da la camisa, ya que es rico?

—Le tiene enquina porque me tiró á mí á la Maruca de un tronchazo.

—¿Quién te tiró?

—Muergo.

—Y ¿cómo salistes?

—Me sacó Muergo, porque se lo mandaron Sula y otro que se llama Cole.

—De modo que si no se lo mandan esos, ¿te ahogas?

—Puede que sí.

—¿Y con too y con eso pides camisa para él? ¡Un rejón que le parta!

—¡Da asco verle, de cómo anda! Pero si le dan aquí camisa, que no la lleve si no se corta las greñas y se lava las patas. Es muy lichón, ¡muy lichón!... ¡y muy burro!... ¡y muy malo!

—Entonces ¿por qué mil demonios te apuras tanto por él?

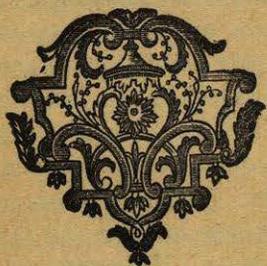
—Por eso, porque da asco verle... y su madre no tiene vergüenza...

Al llegar aquí Silda con la respuesta, una voz que de pronto se dejó oír hacia el extremo del carrejo, como si tuviera la fuerza material de una catapulta, la arrojó hasta lo más escondido de la alcoba. La voz era vibrante, desgarrada, con matices aguardentosos, entre provocativa y fiera, con unos altibajos y unos retintines que estaban pidiendo camorra:

—¡Ahí va!—decía,—pa que se mude los piojos mañana, que es domingo... ó pa rueños del carpancho, que en mi casa están de sobra... ó pa gala del día que la caséis con un marqués de cadena de oro... ¡caraspia!... Porque las Indias vos van á caer en la bodega con esa inflanta que echemos ayer á la barredura con la escoba... ¡Puaá!... ¡Toma, pa ella y pa el magañoso que vos vino con la princesa y con el cuentoooo!... ¡Indecenteeees!...

Cuando la voz se fué alejando hacia la calle, salió de su escondite tía Sidora, con muchas precauciones, y halló en mitad del carrejo un envoltorio blanco. Recogióle, le deshizo, y vió que era una camisa de niña: sin duda la de Silda. Atreviéndose después á llegar al portal y á sacar la cabeza fuera de la puerta, vió á Carpia que se alejaba por el medio del arroyo, hacia abajo, los brazos en jarras, descalza de pie y pierna, cerniendo el refajo y con dos carpanchos vacíos sobre la cabeza.

—Ya lo saben—dijo para sí.—Mejor que mejor: eso tenemos adelantado. Les pica y empiezan á morder. Pues que muerdan. Ellas se cansarán. ¡Bribonazas! ¡Borrachonas! ¡Sinvergüenzas!



VI

UN CABILDO

Lo que entonces se llamaba Paredón de la calle Alta, existe todavía con el mismo nombre, entre la primera casa de la acera del Sur de esta calle, y la última de la misma acera de Rúa-Mayor. Solamente faltan el pretil que amparaba la plazoleta por el lado del precipicio, y la ancha escalera de piedra que descendía por la izquierda hasta bajamar (1), atracadero de las embarcaciones de aquellos mareantes, hoy parte de un populoso barrio, con la estación del ferrocarril en el centro. Allí, en el Paredón, celebraba sus cabildos el de Arriba, al aire libre, si el tiempo lo permitía; y si no, en la taberna del tío Sevilla, que era, como la Zan-

(1) Actualmente es todo esto una espaciosa y elegante avenida, á la que, por acuerdo unánime de la Corporación municipal, se ha dado el nombre de *Rampa de Sotileza*; inmerecida honra, tanto más agradecida, cuanto nunca fué soñada por las modestas ambiciones del autor de este libro.—
(Nota de 1888.)

guina para el Cabildo de Abajo, su holgado-ro, su lonja, su banco, su fonda, su tribuna y, más tarde ó más temprano, el pozo de sus economías.

Ya se sabe, porque lo dijo tío Mecheln en su casa, que al día siguiente habría Cabildo «motivo á socorros y otros particulares». Y le hubo, en efecto, concurridísimo. No faltaba un mareante con voz y voto, al sonar en el reló del Hospital las nueve y media de la mañana. El Sobano, Alcalde de mar, ó, si se prefiere, presidente del Cabildo, dió el ejemplo, acudiendo de los primeros. Era hombre de pocas palabras y mucha sentencia; y como había sido dos veces regidor del Ayuntamiento de la ciudad, en representación de ambos gremios de mareantes, aunque iba á la mar como cualquiera de ellos, y no los aventajaba mucho en rentas ni en calzones, había adquirido ese desparpajo ó aire de suficiencia que da, entre ignorantes y pelones como él, el roce frecuente con personas de viso y de pesetas; y más si estas personas están constituídas en autoridad; y mucho más todavía si, como le ocurría al Sobano, había sido tan autoridad como cada una de ellas y participado de sus honores y magnificencias. Cierto que cuando los gremios le diputaron para tan alta magistratura, ya habrían visto en él prendas de entendimiento y de juicio, y mo-

dales que no abundaban entre la gente de mar. Pero, ¿y lo que había observado y aprendido aquel hombre, mientras ejerció dos veces, á dos años cada una, el cargo de regidor? ¿Quién de los mareantes santanderinos dejó de verle en la procesión del Corpus ó en las de Semana Santa, ó en los bancos *curules* de la catedral, con su traje negro, de rigurosa etiqueta; con su medalla de concejal sobre el pecho, y sus guantes blancos... de algodón, porque no hubo modo de calzarle los de cabritilla en sus manazas encallecidas por el remo?

Pues ¿y cuando, durante la semana de su turno, presidía el teatro, desde aquel palco con colgaduras de terciopelo y oro, arrellanado en su sillón de seda, con sus policías de respeto detrás de la cortina del antepalco, y era dueño de enviar á la cárcel al primer caballero que hiciera méritos para ello, y de complacer ó no á aquella muchedumbre de gentes principales, volviendo ó no volviendo cara abajo, sobre la barandilla del palco, el cartel de la función, para que se repitiera ó no se repitiera alguna parte de ella muy aplaudida por el público? ¿Qué mareante de Arriba no vió esto desde la *cazuela* alguna vez, ó no lo supo, siquiera, por relatos de los dichosos que lo habían visto?

Pero quizá diga algún boquirrubio de los de

hogaño, imberbe aspirante á gobernador, si no á ministro, que ninguna de esas prerrogativas es cosa del otro jueves. Cierto; y bien sé yo que, por ver, se han visto, como dice *Mesio*, hasta sastres con reló; pero véngase acá ese boquirrubio; acérquese al Cabildo que yo le resucito ahora en el Paredón de la calle Alta; fíjese en aquel hombre atezado, áspero de barba, rudo de greña, cargado de espaldas, torpe de movimientos, abultado y velloso de manos, y no muy aventajado de calzones; que le diga yo, apuntando al hombre aquel: «ese es el que ha hecho todas esas cosas que á ti no te parecen del otro jueves»; y á ver si no hay motivo sobrado para que se asombre, y para que las personas del mismo pelaje del héroe, que le rodean, se juzguen diez codos por debajo de él. Que es á donde íbamos á parar con el propósito, aunque el camino haya sido algo más largo de lo conveniente á la impaciencia de los lectores boquirrubios.

Se reunía el Cabildo de Arriba:

Porque de un momento á otro iba á sacarse una leva; y sacándose una leva, había que socorrer con ciento cincuenta reales á cada matriculado de los comprendidos en ella, por orden riguroso de matrícula;

Porque el reparto de cuarenta reales por marante cabeza de familia, y de diez por cada

viuda, que debió haberse hecho en la semana anterior, á causa de no haber podido salir las lanchas á la mar en cerca de quince días de temporales, no se hizo en ocasión oportuna ni por completo;

Porque, de dos meses á aquella parte, había muchos descubiertos en el tesoro del Cabildo, á consecuencia de no haber ingresado en él todas las *soldadas* que semanalmente habían de ingresar, á razón de una por cada lancha de pesca ó de pasaje, pinaza, barquía, etc...;

Porque el boticario del gremio había advertido que no admitiría nuevo *asalareo*, cuando terminara el vigente, si no se le daban cuarenta duros más al año, ó se asalariaba el Cabildo con otro médico que recetara menos;

Porque se acercaba el día de San Pedro, y urgía saber si, por la vez primera, desde tiempo inmemorial, dejaba el Cabildo de pagar el gasto de las fiestas, así religiosas como profanas: misa de tres, con música y sermón, y entre otras menudencias de rúbrica, novillo de cuerda y el tamborilero de la ciudad durante dos días y tres noches;

Porque había cinco enfermos socorridos por el Cabildo, que ni sanaban ni se morían;

Y, por último, y sobre todo, porque el tesoro se declaraba incapaz de acudir á tantas necesidades; si los que más gritaban por no

cobrar á punto los socorros no pagaban lo que debían al tesoro, ó no se le autorizaba para meter mano á las reservas existentes para los grandes apuros y necesidades del gremio.

Tales eran los principales puntos que iban á tratarse aquel día en Cabildo. La junta, digámoslo así, compuesta de dos Alcaldes de mar (primero y segundo), tesorero y recaudador, ocupaba el sitio más visible, esparrancada en lo alto de la plazoleta, cerca del pretil en cuyo lomo cabalgaban raqueros, ó apoyaban ligeramente sus posaderas los congregados más viejos ó más perezosos. Los demás se extendían en grupos por la explanada; grupos que se hacían ó se deshacían, según que no hablara ó que hablara la presidencia, ó fuera menos interesante ó más interesante lo que expusiera un orador de la masa.

Entre tanto se oía un rumor incesante de conversaciones á media voz, y sobre este rumor el zumbido de Mocejón, que parecía un tabano por lo tenaz y molesto. Todo cuanto allí se decía ó se acordaba, provocaba sus gruñidos; y con su pipa rabona entre los dientes, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza gacha y torcida, el gesto de ira y de tedio, y puerco y sin afeitarse, iba torpe y perezoso, de acá para allá, respondiendo á todo sin hablar con nadie, y renegando hasta del sol que caldeaba la escena.

Aunque no con la brusquedad salvaje de este hombre, abundaban allí los recelosos y descontentadizos; y era muy curioso observar cómo aprovechaban precisamente la ocasión en que debían ser explícitos y dar la cara, para volverse de espaldas, ó, cuando menos, de costado, y murmurar una excusa maliciosa, ó una barbaridad cualquiera, hacia un colateral que no había desplegado sus labios.

Decía el Sobano, por ejemplo, que blanco.

—¡Yo digo que negro!—respondía, empuñándose, un vejete.

—¿Por qué?—replicaba el Alcalde de mar.

—¡Porque sí!—decía el otro, virando de costado; y luego, haciendo un poco de barquinbarcón con la encorvada espalda, añadía, encarándose con los de atrás:—¡Á mí con esas!... ¡Si cuando tú vas, ya estoy yo de vuelta, probetuco... rasolís!

Otra vez era un mozo de piel lustrosa, pelo encrespado, corto de labio y largo de dientes, que se había atrevido á apuntar un reparo, con voz airada, desde lo más trasero del concurso.

—Y ¿qué hay con eso?—le preguntaba desde la paredilla alguien de la junta.

—Pos... ¡lo dicho!—respondía el mozo, volviendo la cara á su derecha.

—Y ¿qué es lo dicho?—le replicaban.

—Pa saberlo está usted ahí—reponía el del

labio corto y los dientes largos, acabando de dar la media vuelta hacia atrás: —pa eso, pa saber lo que yo digo y hacer lo que nusotros quieramos; que pa eso semos Cabildo.

Palabras que recogía con gusto un cincuentón desaliñado, diciendo, con la cara vuelta al costado de babor:

—Pa largar sereña semos Cabildo nusotros; que pa comerse la ujana, como si no juéramos naide.

—Ande va eso—exclamaba, un poco más allá, un mareante caído del hombro derecho y guiñando un ojo al preopinante;—ande va eso, bien lo sé yo... Angunos güen pellejo van echando de un tiempo acá... Mejor que el mío, ¡zonchos!

Por donde se murmuraba tan recio, solía andar Mocejón.

—La barredera... ¡la barredera, hijos!—añadía por su parte, con la cabeza gacha y el ojo de cerdo.—¡La barredera!... Aquí no se gasta menos... á pie ensuto y cuerpo regalón; y tú, probe mareante, arrevienta allá juera jalando del remo, ¡y vengan julliscas!... Siempre largando lastre, y nunca mus sale la cuenta... ¿Cómo ha de salir, ñules, si angunos hombres no tienen calo!

—No era opinión muy corriente esta del malévolo Mocejón en el concurso, ni, en honor de

la verdad, existían razones para que lo fuera; pero, en cambio, abundaba, entre los que nunca habían podido lograr la tesorería, la de que el tesorero no sabía serlo; que todos los achaques del tesoro consistían en la falta de un hombre que supiera administrarle como era debido, y que el Sobano, con todo su saber, no alcanzaba á enderezar lo que torcían *otros* en punto á intereses del gremio.

Estas eran las notas de color sombrío que salpicaban aquel cuadro tan alegre y pintoresco, y la base del rumor incesante que se observaba entre sus personajes. Porque el verdadero peso de la discusión le llevaban, en nombre de la junta, el Sobano; y entre el concurso, hombres de buena voluntad, como tío Mechelín y otros compañeros, que aunque también trataban los puntos de medio lado, al fin los trataban racionalmente. Por lo común, el Alcalde de mar era quien encauzaba y dirigía los discursos, cortando extravíos ociosos y razones impertinentes, llevaba los remates á donde debían y cuando debían llevarse, y formulaba los acuerdos, á los cuales no se oponían, al cabo, ni los más díscolos. Sin esta especie de dictadura, jamás hubiera sido posible en aquel Cabildo, ni en el de Abajo, ni en ningún concurso por el estilo, resolver cosa alguna.

Y se resolvió entonces, al cabo de hora y me-

dia de sesión al aire libre, bastante respetada de curiosos y transeuntes, y, lo que es más raro, de las hijas y mujeres de los congregados allí, hembras capaces de todo menos de desacatar los preceptos tradicionales, que eran leyes para el gremio; se resolvió, digo:

Primero. Que pagaran, á contar desde aquel día, soldada y media por semana las embarcaciones deudoras, en este concepto, al tesoro del Cabildo, hasta la extinción de las respectivas deudas.

Segundo. Que se advirtiera al boticario del gremio que no se le darían los cuarenta duros de aumento que pedía para el nuevo asalareo, ni se despediría al facultativo, ni se pondría coto á sus recetas.

Tercero. Que cuando llegara el caso de marchar al servicio de la Armada los matriculados comprendidos en la leva, cobraría puntualmente cada uno los ciento cincuenta reales de socorro á que tenían derecho.

Cuarto. Que en la taberna del tío Sevilla se pondrían de manifiesto, acabado el Cabildo, las cuentas de tesorería, y que con el remanente que arrojaran y á medida que fueran recaudándose los créditos, se irían levantando todas las cargas pendientes, sin tocar al fondo de reserva; pues si sagrada era la obligación que tenía el Cabildo de dar socorros á los pescadores en épocas de tem-

poral, no lo era menos la de pagar los pescadores las soldadas semanales al tesoro del Cabildo.

Quinto. Que se gastara la cantidad de costumbre en las fiestas de San Pedro.

Y por último. Que los enfermos que ni sanaban ni se morían, continuaran percibiendo el socorro que se les pasaba, hasta que Dios dispusiera de ellos, según fuera su santísima voluntad.

Proclamados estos acuerdos á la luz del sol, y estampados en el fondo azul de los cielos, bajo la fe de la palabra honrada de los mareantes constituidos en Cabildo, libro que no admite raspaduras ni malicias de redacción, y por eso nunca dieron que hacer sus cláusulas á la Justicia, tosió el Sobano cuando ya el concurso comenzaba á disgregarse, alzó el brazo derecho y la cabeza, y dijo así, sobre poco más ó menos:

—¡Alto, señores!... que falta un punto por arreglar, y hay que arreglarle antes de irnos de aquí.

La curiosidad movió á todas las gentes aquellas, y poco á poco fueron acercándose al Alcalde de mar, hasta encerrarle en compacto círculo. Mocejón y el otro mareante, el mozo del labio corto y de los dientes largos, se quedaron fuera de la línea, pero con mucho oído y refunfuñando.

El Sobano comenzó á hablar entonces, con gran parsimonia y pulsando mucho las palabras para que ofendieran menos, de cierto compromiso adquirido siete meses antes por el Cabildo, pero fuera de junta, de socorrer con una ayuda de costas á la familia que recogiera y tratara como era debido *en justicia y caridad* (esto lo recalcó mucho), á la huérfana del llamado Mules, «perecido en las rompientes de San Pedro del Mar, con todos sus compañeros, en la última costera del besugo».

Tío Mocejón, barruntando que aquel asunto iba con él, recibió las palabras del Sobano y las miradas codiciosas de la gente, como un mastín el palo con que le hurgan los muchachos por debajo de la puerta.

Añadió el Alcalde de mar que si el Cabildo no había cumplido lo que ofreció por bocas de hombres de bien, era porque no se creía obligado á ello, visto que de sobra estaban pagados el escaso alimento que recibía la huérfana y el montón de guñapos que se le daba por cama, con el trabajo y los castigos bárbaros que se le imponían por la familia que la había recogido.

—¡Uva!—exclamó una voz.

—¡Choba... ñules!—bramó la aguardentosa de Mocejón.—¡Que se haga bueno eso!

—¡Se hará!—dijo con firmeza el Sobano,—y todo lo que sea de menester. Pero más le valie-

ra á alguno que me oye, aguantarse al remo mientras pasa esta noruestá, que isar tanta vela.

—¡Uva!—volvió á exclamar la voz de Mechelín.

—Y ese que me prevoca—gruñó Mocejón,—¿isa vela, ú no la isa? ¿Sopla aquí el norueste pa toos por igual, ú sopla de otro modo?... ¡Ñules!... Y miá tú, chaquetín de la bodega, si quíes decir algo, lo dices claro y á la cara, y no escondió entre el porreto como los pulpes... ¡ojo!

Hubo un poco de movimiento, como hervor de resaca, en el concurso, al oír á Mocejón; cuyo descomedimiento animó al Sobano, curado de escrúpulos ociosos, á contar en pocas palabras lo acontecido á Silda en casa de la Sargüeta, hasta que fué recogida en la de Mechelín.

Se preguntó al Cabildo si consideraba bastante aquella casa para refugio y amparo de la huérfana; y el Cabildo respondió que sí, entre los gruñidos, *bandazos* y manoteos del salvaje Mocejón, que no cerraba boca ni paraba un punto, mientras el mozo de pelo crespo, de labio corto y de los dientes largos, iba con los ojos airados de Mocejón á los de adentro, y de los de adentro á Mocejón, sin saber á quién arrimarse con su parecer.

Tío Mechelín tomó entonces la palabra, y dijo:

—Se hace saber que por el amparo de la desvalida no se quiere suscipendio ni cosa anguna de naide; pero se pide al Cabildo mano y autoridá para que se deje hacer por ella, á quien quiere hacerlo de buena voluntá, lo que *otros* no han querido ó no han podido hacer. ¿Vale, ú no vale esto que se dice? ¿Se me entiende, ú no se me entiende? ¿Hay seguridad, ú no hay seguridad de que la cosa se haga como se pide?

—¡La hay!—respondieron muchas voces.

Y el Sobano añadió en seguida, con la proa puesta á Mocejón:

—El Cabildo ampara á esa muchacha... ¿Se oye bien lo que se dice?... Pues no se dice más, porque no es de menester más para que angunos entiendan lo que se quiere decir.

Mocejón, que no cesaba de rutar, protestando de todo y contra todo, al ver que el concurso se deshacía, fué soltando voz según iban creciendo los rumores de los que se dispersaban; y todavía cuando, arrollado por ellos y estorbando á la mayor parte, estaba cerca de la taberna del tío Sevilla, se le oía decir:

—¡Pos míate el otro... piojucos... chumpaoleas! ¡Ñules!... Se ha de ver si sirve ser un cuentero, lambe-caras, como tú, pa disfamar á naide que vale más que tú, y la perra sarnosa que ha de volver á parirte á ti y toa esa gatuperia que saca la cara por ti... ¡reñules!...



VII

LOS «MARINOS» DE ENTONCES

AUNQUE el lector de ultrapuertos quisiera permanecer un ratito en el Pa-redón, después de terminado el Cabildo, para dar recreo á los ojos contemplando el panorama que se descubre desde allí, describiendo con la vista un arco desde el monte Cabarga hasta el llano de las Presas; deteniéndola en el cercano fondeadero del *Pozo de los Mártires*, verdadero bosque de arboladuras, ó en el más próximo aún del *Dueso*, salpicado de lanchas y barquías del Cabildo, bien ajeno éste á creer que su axioma tradicional de «*por mucho que apañes no fundarás en el Dueso*», había de ser desacreditado por el genio emprendedor de las siguientes generaciones, plantando en el Dueso mismo la estación del ferrocarril, emblema del espíritu revolucionario y transformador de las modernas sociedades; haciendo, por curiosidad, desde lo alto de la escalera, algunas preguntas